

gubre hasta que no quedaba en el cielo sino la cabeza del sol moribundo y en la tierra nada más que la cabeza del toro sacrificado. Entonces los reyes se cubrían la cabeza de cenizas. Y su melodía lúgubre cambiaba de tono al mismo tiempo que estrechaban el círculo que formaban. Todo lo que era una invocación al sol se convertía en una especie de reproche amargo, adquiriendo la forma de una contrición pública, de un remordimiento que los reyes expresaban de común acuerdo hasta el momento en que la noche había caído completamente.

Es éste el sentido del rito descrito por Platón. Ahora bien, un poco antes de que el sol se pusiera en Norogáchic, los indios condujeron un buey a la plaza del lugar y después de haberle atado las patas comenzaron a despedazarle el corazón. La sangre fresca era recogida en grandes jarras. No olvidaré fácilmente la mueca de dolor que tenía el buey mientras el cuchillo del indio le despedazaba las entrañas. Los danzantes de "matachines" concurren a reunirse delante del toro y cuando éste estuvo bien muerto iniciaron sus danzas de flores.

Porque los indios bailaban danzas de flores, de libélulas, de pájaros y de otras cosas delante de esta carnicería, y era en verdad un espectáculo extraño el que presentaban dos indios subidos sobre el toro muerto, haciendo brotar la sangre y se-

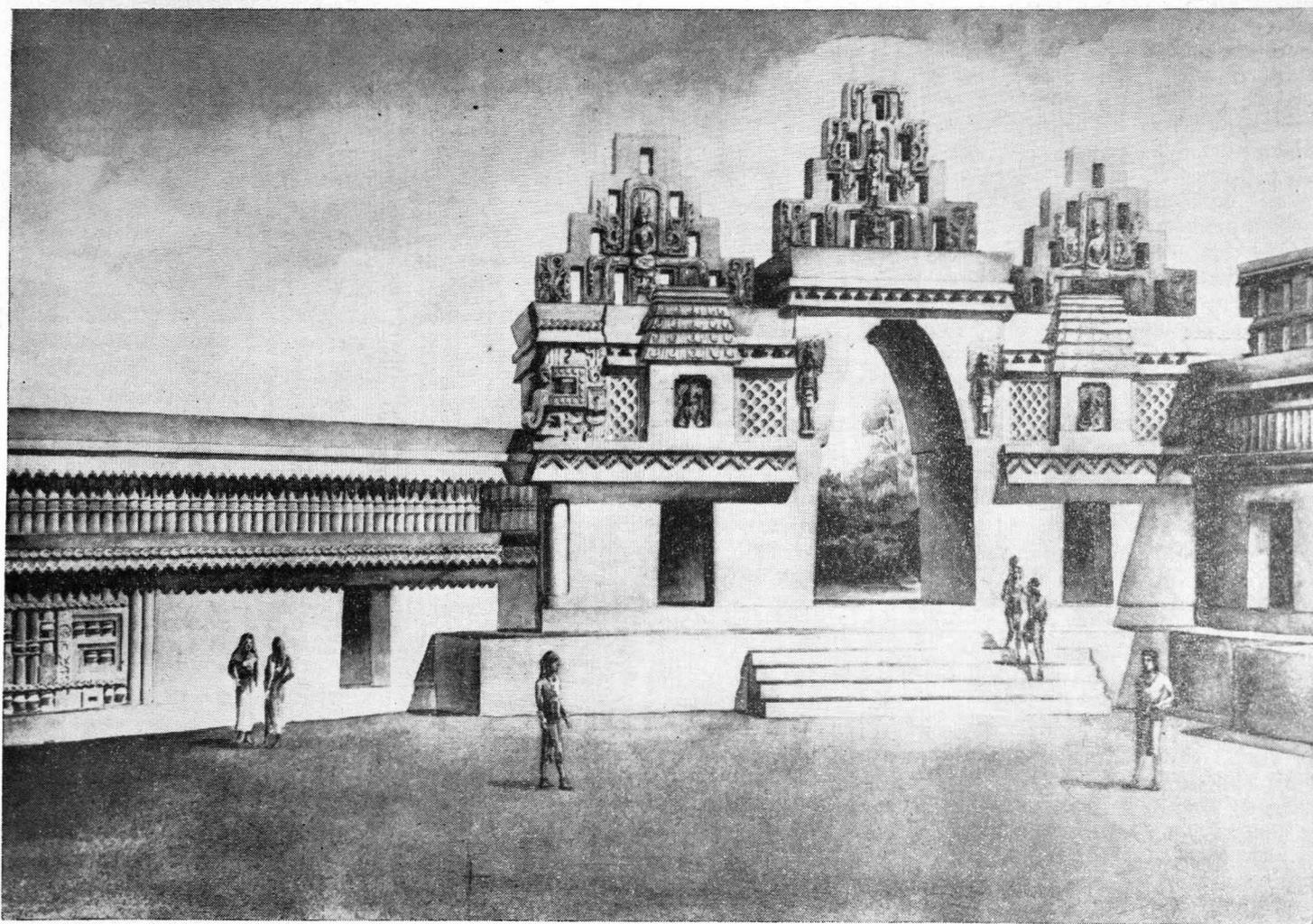
parando las piezas a golpes de hacha, mientras que los otros indios vestidos de reyes y con una corona de espejos en la cabeza ejecutaban sus danzas de libélulas, de pájaros, del viento, de las cosas, de las flores. (...)

Danzaron, de esta manera, hasta la puesta del sol, y mientras que danzaban, otros indios recogieron, pieza a pieza, el cuerpo del toro, dejando sólo en la tierra su cabeza, en el mismo momento en que la cabeza del sol caía en el cielo. Fue entonces cuando los directores de la danza se detuvieron, haciendo círculo en torno de ellos los danzantes. Y todos recomenzaron una especie de melodía lúgubre. Una melodía de remordimientos, de contrición religiosa, llamado secreto de no sé qué fuerzas oscuras, de qué presencias del *más allá*.

Que se piense lo que se quiera de la simulación que intento. En todo caso, como Platón nunca vino a México y los indios tarahumaras jamás lo vieron, precisa aceptar que la idea de este rito sagrado les llegó de la misma fuente fabulosa y prehistórica. Y esto es lo que he pretendido sugerir aquí.

De "El rito de los reyes de la Atlántida".

En Antonin Artaud, *México*. México, UNAM, 1962.



"este rito sagrado les llegó de la misma fuente fabulosa y prehistórica"

## Indigenismo y buenas intenciones

Por Mario VARGAS LLOSA

Los escritores peruanos descubrieron al indio cuatro siglos después que los conquistadores españoles y su comportamiento con él no fue menos criminal que el de Pizarro. Ocurrió hace medio siglo. Era la época del modernismo y lo exótico estaba de moda. Herederos del simbolismo, los novecentistas vivían fascinados por las ciudades lejanas y adoraban los tapices persas, las lacas y sedas de China, los biombos japoneses, la pintura caligráfica. Y, de pronto, descubrieron al alcance de la mano un universo inexplorado, hermético: los Andes. Sobrevino entonces una verdadera inundación en la literatura peruana: los motivos "andinos" anegaron los escritos modernistas, poemas y relatos se poblaron de llamas, vicuñas, huanacos, ponchos, indios, huaynos, chicha y maíz. Ventura García Calderón, que probablemente no había visto un indio en su vida, publicó un libro de cuentos que fue célebre en Europa: *La venganza del cóndor*. Traducido a diez idiomas, valió a su autor ser

mencionado entre los candidatos al Premio Nobel. En esos relatos, García Calderón deleitaba a sus lectores refiriéndoles las costumbres de unos personajes de grandes pómulos cobrizos y labios tumefactos que, en las alturas andinas, fornicaban con llamas blancas y se comían los piojos unos a otros. Casi al mismo tiempo, aparecieron los *Cuentos Andinos* de Enrique López Albújar: un impresionante catálogo de depravaciones sexuales y furios homicidas del indio, al que López Albújar, funcionario del Poder Judicial en distintos lugares del Perú, sólo parece haber visto en el banquillo de los acusados. Y el poeta José Santos Chocano, ese simpático aventurero que ignora los escrúpulos en la literatura y en la vida, comienza a fabricar rimas y sonetos en los que canta a los indios de *soñadora frente y ojos siempre dormidos* y evoca las desdichas de la *raza vencida* con la misma desenvoltura con que adula a Alfonso XIII y al dictador Estrada Cabrera, su protector.

En realidad, ninguno de los modernistas ve en el indio otra cosa que un tema de composición literaria. Todos ellos pertenecen a la burguesía de la costa y en el Perú las clases sociales están separadas desde la Colonia por un sistema de compartimientos estancos: un limeño de clase media puede pasarse la

vida sin ver a un indio. Los modernistas conocían la realidad andina de oídas, en el mejor de los casos tenían de ella una visión exterior, turística. El indio era esencialmente extraño y nada en sus escritos nos asegura que lo consideraran un semejante. Lo que los llevó a utilizarlo como motivo literario, fue justamente la diferencia que veían entre ellos y ese hombre de piel de otro color, de lengua y costumbres distintas. Nada tiene de raro, pues, que el testimonio modernista sobre el indio fuera falso y caricatural.

¿Cómo hubiera podido ser de otro modo? Un escritor responsable escribe siempre a partir de una experiencia y los modernistas no tenían la menor experiencia de lo indígena. Tampoco hablaban de los indios movidos por un sentimiento de solidaridad, sino por amor a lo raro, por esnobismo. Su actitud profunda hacia lo indígena era la curiosidad y el desdén. Conviene recordar que el modernismo coincide en el Perú con el apogeo del *hispanismo*, ese formidable simulacro ideológico que tuvo como teórico principal, precisamente, a un novencentista: José de Riva Agüero. El *hispanismo* consistió, de un lado, en la justificación sistemática de la conquista y en la defensa, indiscriminada y beata, de los aportes españoles a la historia del Perú. De otro, en una abyecta empresa de rebajamiento y desprecio del pasado pre-colombino y de la realidad indígena contemporánea. Aristócrata intoxicado de erudición y de prejuicios, Riva Agüero se sumerge resueltamente en el ridículo en 1920 (nunca más saldría de él) con un libro hinchado de pretensión y de citas, *El Perú histórico y artístico*, escrito para demostrar que el Perú recibió durante la Colonia numerosas familias ilustres de Burgos, que se asentaron y perpetuaron en él, y dieron origen a una élite de "sangre azul" nacional, en la que, claro está, figura su familia. Siempre dispuesto a perdonar las matanzas y saqueos de la conquista, y a explicar el letargo cultural de la colonia. Riva Agüero es implacable cuando señala los defectos de las víctimas. Los incas, dice, *eran una tímida grey de esclavos taciturnos; acostumbrada al yugo, añade, acogía con tranquila indiferencia a los nuevos amos, cualesquiera que fuesen. Es la quechua una raza dulce, soñadora y quejumbrosa, fina aún en medio de su presente degradación.* Todos los modernistas compartían el "hispanismo" de Riva Agüero y bajo las fórmulas de paternalismo hipócrita que empleaban para hablar del indio, alentaban sentimientos racistas. En estas condiciones, era imposible que escribieran sobre él de manera veraz.

La falsificación de los temas andinos por la literatura modernista, originó una reacción radical: en términos dialécticos, diríamos que provocó una antítesis. Contribuyó a ello la Revolución Mexicana, al propagar por todo el continente un afán de reivindicación de los valores autóctonos. Seducido por el ejemplo de los muralistas mexicanos, José Sabogal inicia en el Perú un movimiento plástico inspirado en el paisaje y el hombre de los Andes. En el crepúsculo del modernismo, de sus ruinas, surge un grupo de escritores y poetas que se propone elaborar una literatura *indígena*. Este movimiento, bien intencionado, adoleció por desgracia de defectos capitales. En primer lugar, su parasitismo ideológico. Los nativistas se alimentaban de aquello que querían combatir: el "hispanismo". Alejandro Peralta, Nazario Chávez Aliaga, Emilio Armaza y los otros "nativistas", en efecto, enfrentaron a los prejuicios de la literatura costeña y blanca, un sistema equivalente de prejuicios serranos e indigenistas. Al hispanismo de principio de los novecentistas, respondieron con una hostilidad, también de principio, contra lo hispánico y, por extensión, contra lo occidental. Un historiador de talento, Luis E. Valcárcel llegó incluso a afirmar en su libro *Ruta cultural del Perú* que los monumentos arqueológicos coloniales son ajenos a la nacionalidad y que Lima y la costa representaban el *anti-Perú*. De este modo, se establece en la vida cultural peruana un maniqueísmo artificial que trae como consecuencia inmediata la deformación de la realidad, por escritores de ambos bandos.

Porque resulta que el Perú no es "español" ni "indio", sino esas dos cosas y, además, otras. Existe también una comunidad "mestiza" y pequeños grupos demográficos dotados de personalidad propia: negros, chinos, indígenas selváticos. El proceso de integración de las dos unidades demográficas principales, la blanca y la india, es muy lento, pues ambas comunidades se mantienen separadas por una estructura económica que, desde la colonia, impide al indio incorporarse a la vida oficial y concentra todos los privilegios —el dinero, la tierra, el poder político— en manos de una casta, que a su vez constituye una ridícula minoría dentro de la minoría blanca. La integración sólo comenzará a ser efectiva cuando aquella estructura sea reemplazada por otra, que destruya las barreras económicas que hoy separan a blancos, indios y mestizos y ofrezca a todos las mismas



"el indio era esencialmente extraño"

posibilidades. Pero atengámonos a la situación actual del Perú. La integración no se ha producido ni puede producirse dentro del sistema vigente. Por lo tanto, resulta una pretensión irreal querer fundar una literatura peruana, exclusivamente en función de una de las comunidades culturales, renegando de las otras. No sería menos iluso creer que puede surgir una "literatura proletaria" mientras la burguesía siga en el poder. El *hispanismo* y el *indigenismo* son tentativas de ese género y su fracaso se explica por la escasa noción de la realidad histórica de sus autores. Lo mismo ocurre con esos efímeros movimientos que se llamaron *criollismo* y *cholismo*, de perspectivas más ingenuas todavía pues se empeñaban en reducir lo nacional, a un mestizaje que sólo existe actualmente como fenómeno localizado, incipiente y primario.

Por lo demás, los indigenistas, aunque albergaban hacia el indio sentimientos generosos, tampoco estaban en condiciones de hablar de él con autenticidad. Su nativismo era intelectual y emocional, no se respaldaba en un conocimiento directo e íntimo de la realidad andina. Los indios de Peralta o de Chávez Aliaga son los mismos que aparecen en las tarjetas postales; sus paisajes, los de un álbum de turistas. Se trata de un "indigenismo" epidérmico. Basta echar una ojeada a dos poemas de Peralta:

*Ha venido el indio Antonio  
con el habla triturada y los ojos como candelas.  
En la puerta ha manchado las cortinas de sol.  
De las cuevas de los cerros  
los indios sacarán rugidos como culebras  
para amarrar a la muerta.*

(El indio Antonio)

*Titicaca emperador  
en los hombros su peplum de alas de prusia.*

(Titicaca Emperador)

Decididamente, la visión es tan extranjera como la de cualquier modernista, algo más demagógica también. Con una diferencia, sin embargo; aquéllos elegían mejor sus modelos estéticos, imitaban a Verlaine o a Darío y Peralta copia a Marinetti. Es una de las razones por las que, de acuerdo con premisas estrictamente literarias, el modernismo peruano dejó algunas obras de valor, en tanto que resulta muy difícil encontrar textos de calidad en las publicaciones nativistas. Ello se debe, asimismo,

a un vicio introducido por los indigenistas y que todavía causa estragos. A pesar de sus prejuicios intelectuales y sociales, los modernistas tenían cierto respeto por su oficio de escritores. No es sorprendente: se trataba de adoradores de la forma. Los indigenistas, que detestaban el "formalismo" modernista, reaccionaron concentrando toda su atención en el "contenido", en los temas, y desdénaron tanto los problemas de procedimiento, los métodos de la creación, que acabaron escribiendo con los pies. Olvidaron que la literatura sólo puede ser un instrumento en tanto que tal, es decir que un poema o una narración deben justificarse estéticamente para ser eficaces vehículos ideológicos. La significación moral y social de una obra presupone un coeficiente estético. Si no es así, no hay literatura. Las buenas intenciones no sirven para nada si no van acompañadas, o precedidas mejor de eso que los románticos llamaban *inspiración*, los simbolistas *rigor* y los realistas *conciencia profesional*. El escritor tiene un compromiso con los demás y, a la vez, consigo mismo; con su tiempo y, simultáneamente, con su propia vocación. La literatura es un medio, pero también un fin, para ser "útil" debe primero existir. Conviene recordarlo a esos poetas que se llaman "revolucionarios" e incurrir en nuestros días en el error de los indigenistas de hace treinta años: ser un buen poeta no consiste en ser un buen militante.

El fracaso del indigenismo fue doble: como instrumento de reivindicación del indio, por su racismo al revés y su criterio histórico estrecho, y como movimiento literario por su mediocridad estética. Hispanistas e indigenistas levantaron una doble barrera de prejuicios y exclusivismos paralelos que, en la práctica, se tradujo en testimonios literarios inauténticos y falaces de la realidad indígena. Las princesas incas de Chocano son tan irreales como el emperador Títicaca con su peplum de alas de prusia de Alejandro Peralta. Ambas ficciones expresan un mundo por la más frágil y provisional de sus características: el decorado. En definitiva, no son representaciones estéticas, trasposiciones de una realidad, sino simples construcciones del espíritu sin asiento histórico ni social. Por caminos muy distintos, hispanistas e indigenistas fueron víctimas de una misma alienación y responsables de una impostura idéntica.

Los primeros en superar estas contradicciones y romper el círculo vicioso en que giraba la literatura peruana son César Vallejo, en poesía, y José María Arguedas, en la narrativa.

De "José María Arguedas descubre al indio auténtico". En *Visión del Perú*. No. 1, Lima, agosto de 1964.



"perspectivas más ingenuas"

## ¿Existe todavía el pueblo araucano?

Por Lautaro YANKAS

Cuando el hombre de nuestra América o el curioso de otras tierras vuelve la mirada hacia los orígenes que impulsaron nuestra formación racial y nuestra conciencia de pueblos responsables, la realidad histórica respira hechizada por la leyenda y a veces confundida con ella. ¿La cultura incaica no nos parece diluida en el mito en el momento mismo de enfrentarse al puñado de aventureros españoles? ¿No sucede algo semejante con el imperio azteca? ¿No constituye asombrosa leyenda la epopeya de Arauco, donde España perdió la flor y nata de sus ejércitos en trescientos años de vano intento? (...)

La gesta de Arauco tiene su expresión coincidente en el airoso y cálido poema de Alonso de Ercilla y Zúñiga, el capitán español que arribara a Chile con el gobernador García Hurtado de Mendoza, a raíz de la derrota, captura y muerte del capitán Pedro de Valdivia en la memorable batalla de Tucapel. *La Araucana* recoge la magnética voluntad de una raza que mostró conciencia de su destino y soberbia junto a su ardiente amor por la tierra madre. La bélica historia cantada por Ercilla se confunde, sin esfuerzo, con el mito gracias al espíritu que la encendía. España, asimismo, puso en la hoguera un fervor y un orgullo legendarios (...)

Quienes visitan nuestro país no tardan en hacernos esta pregunta: ¿Existe todavía el pueblo araucano? ¿Qué ha sido de esa raza? (...)

Para quien se haya dado el trabajo de seguir, así sea ligeramente, los estudios hechos sobre formación de los pueblos de América, ya no es un misterio el suceso histórico de la aparición de los araucanos, grupo inconfundible, asentado en ambas vertientes de los Andes, desde el Bío Bío al Toltén por el lado chileno, y por el lado argentino en sus latitudes correspondientes. ¿De dónde vinieron? Esto ya es impreciso, aunque hay afirmaciones que establecen su formación migratoria y aglutinada.

La organización de este pueblo llegó a ser respetable ya antes de la llegada de los españoles y luego hubo motivos que contribuyeron a fortalecer la vida de las tribus y a crear cierta unidad nacional frente a las exigencias de una guerra que amenazaba su existencia. "Casi la totalidad de los pueblos y tribus andinos era agricultores sedentarios —expresa Ricardo E. Latchman.<sup>1</sup> En ellos eran las mujeres quienes cultivaban la tierra y atendían las cosechas" ... "Cuando llegaron los europeos, los hombres ya habían reaccionado contra este estado de cosas y se habían establecido como jefes de familia y en vez de vivir en los hogares de sus mujeres, llevaban a éstas a sus propias moradas." Aspectos del primitivo matriarcado dan a la vida araucana (mapuche) de hoy su carácter curioso, pues vemos que el trabajo de la casa y de la tierra es hecho en gran parte por la mujer. Y si proyectamos un poco el hecho sobre la vida de nuestro pueblo, veremos que la mujer es el peón en la convivencia doméstica. Naturalmente, esto suscita de inmediato un juicio negativo para el indígena, si es observado por una conciencia superficial. Del matriarcado, que involucra la superior autoridad de la mujer y su responsabilidad, la herencia del apellido y de los bienes, sólo queda hoy la carga del trabajo que el hombre ha mantenido sobre los brazos de su cónyuge, por una razón muy natural.

Desde un superior punto de vista, parece majadero insistir en las excelencias de la organización del pueblo araucano, cuyas prácticas revelan la influencia de culturas que, como la incaica y sus antecesoras, asombraron al conquistador español y lo obligaron a respetarlas y aun a imitarlas en muchos aspectos. Demostración de que elementos formales y anímicos de tales culturas habían alcanzado al sur de Chile y prendido en las razas que lo habitaban: el pueblo araucano demostró cohesión, espíritu de lucha, inteligencia, autoridad, entereza y alta dignidad, que los propios españoles reconocieron y elogiaron.

Como sucede con los demás pueblos indígenas de América y de otros continentes, el criollo egoísta, ambicioso y siútico, condena al araucano por holgazán, borracho y ladrón. ¿Qué medida de verdad existe en este duro y beligerante juicio? El indígena que aún sobrevive en nuestra tierra desde el río Bío Bío al Toltén, para no citar sino a los araucanos o mapuches,<sup>2</sup> trabaja en labores agrícolas con su mujer y sus hijos. Ya dijimos que la mujer recibe gran parte de la carga; pero el hom-